

Nos hemos casado completamente. Si-
bada siete y de los la sueta que lo agar-
ca: mas solo porque su nombre está de par-
ticular. — Nois, respondió la sueta compañera:
la familia de Plangent, está amada en
orgullo, y ninguno de esta raza confesa
ni de ver sus debilidades. Cuando están
tristes de muerte, curan los años que los
tristes han recibido. Poris, hemos hecho
un gran desagravio: de buena gana diera
por el mejor joyel de mi cofre por no haber
estado en semejante curia.

CAPITULO IV.

El ermitaño salió tambien del pabellon
del rey, siguiendo los pasos de las damas,
como la sombra sigue el rayo del sol, cuan-
do se disipan las nubes que ocultaban su
disco. Pero apenas habia dado algunos pa-
sos, volvió atras, se introdujo de nuevo en

la cámara del monarca, y extendiendo las manos, en actitud fiera y amenazante, exclamó: — ¡Ay del que desoye la voz de la iglesia de Cristo, y se abandona al divan de los infieles! Rey Ricardo, aun no he sacudido el polvo de mis sandalias; aun no he salido del campamento; aun no se ha descargado el golpe terrible; pero la espada pende de un cabello. Monarca altanero, no será esta la última vez que nos veamos.

— Sea así, orgulloso sacerdote, dijo el rey; mas soberbio en tus pieles de cabra, que los príncipes de la tierra en el oro, y en la púrpura.

El ermitaño se retiró de la tienda, y el rey continuó, dirigiéndose al Arabe: — ¿Son los dervises del Oriente, sabio Hakim, tan familiares con sus soberanos?

— El dervis, respondió Adonebec, es sabio, ó loco: no hay medio entre estos dos extremos para el que viste *Khirkhah**, y

* *Ehirkhah* significa literalmente el vestido roto, y es el nombre que dan los musulmanes al traje de los Dervises.

vela de noche, y ayuna de día. Por manera que no es responsable de sus acciones, puesto que ó no tiene razon para conducirse, ó tiene bastante sabiduría para hablar discretamente en presencia de los monarcas.

— Paréceme, dijo el rey, que los frailes cristianos han adoptado el partido de la locura: pero vamos al caso, amigo Hakim, ¿en qué puedo complacerte?

— Gran rey, dijo el médico, haciendo su acostumbrada reverencia, hable tu siervo una palabra, y viva. Séame lícito recordar á tu elevado espíritu, que debes á las inteligencias, y no á mí, que soy un mero instrumento de sus bondades, el tesoro inestimable de la vida.

— ¡Y por una vida que te debo, respondió el monarca, vienes á pedirme otra! ¿No es verdad?

— Tal es el humilde ruego que me atrevo á presentar á tu sabiduría, dijo el musulman; la vida que vengo á pedir al gran Melec Ric, es la de ese buen caballero, cuya falta no es otra que la que cometió el sultan

Adan, que nosotros llamamos Aboulbeschar, ó padre de todos los hombres.

— ¿Y no sabes que por esa misma falta el padre de todos los hombres perdió la vida? El rey pronunció estas palabras notablemente agitado y pensativo. Alzóse, y empezó á dar paseos por la cámara, diciendo, como si hablase consigo mismo: Conocí la intencion que traia, apenas le ví entrar por la puerta. Un hombre está condenado justamente á pagar con la vida su delito, y yo que he mandado destruir millares de hombres y que he despachado tantos con mi acero, no puedo deshacerme del criminal que ha manchado el honor de mis armas, el de mi casa, y el de la reina mi esposa. Por san Jorge, que el negocio merece mas risa que enfado. Por san Luis, que esto se parece al cuento de Blondel, de aquella torre encantada en que estaba condenado á entrar un caballero, y no pudo hacerlo porque se lo estorbaban las mas extrañas y horribles figuras, que sucesivamente se le presentaban á la puerta, y le cerraban el paso. Des-

aparecia una, y venia otra en pos. Muger, parienta, ermitaño, turco; uno se va y viene otro. ¡Tantos paladines contra uno solo! El rey se echó á reir á carcajadas, porque sus arrebatos de cólera eran demasiado violentos para durar mucho, y ya empezaba á ceder la que el lance de sir Kenneth le habia producido.

El físico al mismo tiempo le miraba con la mayor sorpresa, y no sin cierta dósis de desprecio, porque los pueblos de Oriente no conocen, ni saben perdonar esas mudanzas repentinas de humor, y porque ademas en la risa inmoderada ven un exceso que degrada la condicion del hombre, y solo corresponde á niños y mugeres. Aguardó que pasase aquella intempestiva jocosidad, y volvió á dirigir la palabra al rey, cuando le vió algun tanto mas compuesto.

— No está bien, dijo, que salgan palabras de muerte de los labios que rien. Tu servidor espera que le concedas la vida de ese hombre.

— Toma en lugar de esa vida la libertad

de mil cautivos, respondió Ricardo; devuelve á sus familias y á sus tiendas mil mahometanos. Consiento en ello sin dificultad. La vida de ese Escoces no puede ser útil á nadie. Debe morir, y morirá.

— Todos, dijo El Hakim, todos debemos morir, y moriremos: pero el gran acreedor es misericordioso, y no exige la duda con tiranía, ni por espíritu de venganza.

— No creo, dijo el rey, que puedas tener un interes muy particular en que este hombre frustré los fines de la justicia, que yo, como rey de Inglaterra, he jurado proteger.

— Tambien has jurado ejercer la misericordia, respondió el Sarraceno; pero sea lícito á tu servidor decir que no es la ejecución de la justicia lo que tu deseas, sino la de tu propia voluntad. Y en cuanto al interes que tengo en este negocio, baste decirte que muchas vidas dependen de la de ese buen caballero.

— Explica tus palabras, El Hakim, dijo Ricardo, pero no creas que pueden alucinarne falsos ni frívolos pretextos.

— Alá aparte semejante designio del alma de su servidor, dijo Adonebec. Sabe pues que la medicina, á cuyos maravillosos efectos, tú, gran rey, y otros muchos deben la vida, es un talisman compuesto bajo ciertos aspectos de los astros que solo se verifican cuando estan propicias y favorables al hombre las divinas inteligencias. Yo no soy mas que el pobre administrador de tan gran beneficio. Mi ciencia se reduce á ponerla en una copa de agua, observando antes la hora favorable de administrarla al paciente, y el talisman hace la cura.

— ¡ Maravillosa medicina por cierto! exclamó el rey, y no menos cómoda que eficaz. Bien podeis ahorraros el trabajo de cargar tantas caravanas de camellos con yerbas y brogas. Extraño que haya otros brebages en so.

— Escrito está, dijo El Hakim: no injurias trotero que te ha sacado de la batalla. Sabe que está fuera del alcance del hombre la comisión de estos admirables talismanes: mas locos son los que se han atrevido á poner-

los en práctica. El sabio que ha de aprovecharse de tan celeste remedio en beneficio de sus semejantes, ha de someterse antes á penitencias rígidas, á duros ayunos, á amargas privaciones, y á otras prácticas que no todos los mortales pueden sobrellevar. Si el que se halla en posesion del talisman, omite, por descuido, ó por apego á los apetitos sensuales, curar doce personas en el curso de cada luna, el talisman pierde su virtud, y el último paciente y el físico quedan expuestos á un pronto infortunio, y mueren en el término de aquel mismo año. Fáltame una vida para cumplir el número necesario.

— Si no es mas que eso, buen Hakim, dijo el rey, sal por ese campamento, y hartos infelices hallarás en quienes ejercer la virtud del talisman. Yo soy médico tambien, pero de otra especie de dolencias, y no conviene á un hombre de tu saber intervenir en mis curas. Además que no percibo la conexion que puede haber entre la vida de un criminal, y esas extraordinarias circunstancias que de tu medicina me refieres.

— Cuando puedas penetrar, dijo el Turco, la causa secreta en virtud de la cual un vaso de agua fria ha podido hacer en tu salud, lo que no han hecho los remedios de los sabios de Franchistan, podrás racionar sobre los otros misterios que en este celestial secreto estan encerrados. Yo no puedo harcelo hoy por mí mismo, por haber tocado esta mañana un animal inmundo. De nada sirve que hagas otras preguntas: baste saber que solo con dar la vida al buen caballero, te evitas una gran desventura, y evitas otra gran desventura á tu servidor.

— Basta, Adonebec, dijo el rey. Bueno es que los médicos se expliquen en términos oscuros, envuelvan su saber en la niebla de su gerigonza, y nos quieran hacer creer que aprendieron su ciencia en las estrellas: mas sabe que cuando hablas á Ricardo Plantagenet de las desventuras que le aguardan por haber omitido una ceremonia, ó por otro agüero de esta clase, no las has con un Sajon ignorante, ni con una vieja supersticiosa. Ricardo no abandona su propósito porque

encuentra una liebre en la vereda, ni porque oye graznar al cuervo, ú estornudar al gato.

— No puedo estorbar que pongas en duda mi dicho, repuso el Arabe, pero sepa el gran rey de Inglaterra que la mentira no manchó jamas los labios de su servidor. ¿Seria justo, seria digno de un alma grande privar al mundo, y á los desventurados que sufran de ahora en adelante la misma dolencia que iba arrebatarte la antorcha de la vida, de los beneficios de ese maravilloso talisman, solo por no conceder la suya á un pobre criminal? Considera, potente monarca, que aunque tú puedes matar millares de hombres, no te es dado curar la menor de las dolencias que afligen la humanidad. Los reyes tienen el poder de Satanas, que es el de atormentar; el sabio tiene el de Alá, que es el de dar la vida. No robes el bien que no puedes restituir; no apagues la lámpara que no puedes encender. Corta la cabeza de tu semejante cuando te sea dado curar un dolor de muelas.

— ¡Qué insolencia es esta! exclamó Ricardo erguiéndose con altivez á medida que Adonebec hablaba con mas decision y firmeza. Te he admitido como médico y no como consejero. Trata de mi salud, y deja en paz mi conciencia.

— ¡Y este es el modo con que el mas famoso de los príncipes de Franchistan satisface y recompensa los beneficios hechos á su real persona! Esto dijo El Hakim, alzándose de la humilde postura en que hasta entonces habia estado, y hablando como si diera una orden á alguno de los de su comitiva. Sábetelo pues, añadió, que voy á denunciarte como desleal y desagradecido á todas las cortes de Europa y de Asia; al musulman y al Nazareno; al caballero y á la dama; do quiera que resuenen arpas, y se esgriman aceros; do quiera que sea encomiado el honor, y detestada la infamia; á todas las regiones de la tierra. Y si hay alguna en su vasto circuito que no haya oido la fama de las proezas de Melec Ric, en ella resonará la execracion de su ingratitud.

— ¿Así hablas á Ricardo de Inglaterra, vil infiel? prorumpió el rey, en cuyo pecho ya no cabia el enojo. ¿Estás cansado de la vida?

— Véntrate, dijo El Hakim; tus propios hechos te atormentarán mas que mis palabras, aunque cada una tuviera un aguijon mas penetrante que el de la abeja.

Ricardo se volvió de espaldas al musulman; cruzó los brazos; se volvió á pasear por la tienda, y de pronto exclamó: — ¡Ingrato y desleal me has llamado! Valiera tanto llamarme infiel y cobarde. Hakim, sea en buen hora: has conseguido lo que deseabas, aunque mas valiera que me hubieras pedido los joyeles de mi corona. Soy rey y debo obrar como rey. La vida del Escoces es tuya. El prevoste te entregará su persona, con que le presentes este papel.

Dijo, y se sentó, y escribió dos renglones, y dió el papel al físico: — Dispon de él, añadió, segun tu voluntad; esclavo tuyo es; haz de él lo que quieras. Solo te encargo que no vuelva á presentarse ante mi vista.

Prudente y sabio eres: ten cuenta. ¿Sabes hasta dónde ha llegado su atrevimiento? Hasta la region de aquellas á cuyos bellos ojos y débil juicio confiamos nosotros el depósito del honor, como vosotros guardais vuestros tesoros en arcas de filigrana mas frágil y sutil que lo s hilos que teje la oruga.

— Tu servidor entiende la palabra del rey, dijo el sabio, volviendo á inclinarse reverentemente, como lo habia estado al principio de la conversacion. Cuando cae una mancha en la rica alfombra de Estamboul, el necio la indica con el dedo, y el sabio la oculta con el manto. He oido las palabras de mi señor, y oír es obedecer.

— Está bien, dijo el monarca. Que piense ese hombre en su seguridad, y no aparezca nunca á los ojos de Ricardo. ¿Hay otra cosa en que pueda Ricardo complacer á su médico?

— La bondad del rey, dijo El Hakim, ha llenado la copa hasta los bordes. El raudal de su generosidad ha sido como la fuente que brotó en medio del campamento

de los hijos de Israel, cuando tocó la roca la vara de Muzas Ben Amran.

— Sí, dijo el rey, sonriéndose, pero ha sido necesario golpear con fuerza la roca, como en el desierto. Holgárame de poder contentarte con algo que saliera naturalmente de mi voluntad, como el agua de los manantiales que enriquecen el Nilo.

— Déjame tocar la mano victoriosa, dijo el sabio, en prenda de que si Adonebec El Hakim demanda otra gracia á Ricardo de Inglaterra, no será desatendido su ruego.

— Mano y guante te lo aseguran, dijo Ricardo. Solo te advierto que si puedes acordar las virtudes del talisman hecho por las celestes inteligencias con la pena que merece el culpable, cumpliré de mejor tálante mi oferta.

— Sean multiplicados tus dias, dijo El Hakim, y salió prontamente del pabellon, despues de haber hecho su profundo y acostumbrado acatamiento.

El rey le siguió con sus miradas, como

si no estuviera arrepentido de lo que acababa de suceder.

— ¡Extraña obstinacion! exclamó, ¡y mas extraño aun el empeño que toma un infiel en estorbar que un monarca cristiano castigue al que lo ha merecido! Viva el caballero escoces, puesto que asi lo ha querido la suerte, y habrá un hombre valiente de mas en el mundo. Pensemos ahora en el Austriaco. ¡Ola! ¿Está ahí, afuera el baron de Gilsland?

Sir Tomas de Vaux, que aguardaba en la antecámara, oscureció muy en breve con su voluminosa persona la luz que entraba por la puerta del cuarto del rey. Detras de él, sin que nadie anunciase ni estorbese su entrada, se introdujo el selvático ermitaño de Engaddi, sin otro ropage que su túnica de pieles de cabra.

Ricardo, sin hacer caso de este último, dijo en alta voz al baron: — Sir Tomas de Vaux, de Lanerscot y de Gilsland, toma heraldos y trompetas, y marcha inmediatamente á la tienda de ese á quien llaman ar-

chiduque de Austria, y procura que sea cuando haya á su lado mas numeroso acompañamiento de cortesanos y caballeros. Ahora es excelente ocasion, puesto que ese animal almuerza antes de oír misa; entra en su presencia con el menor acatamiento posible, y acúsale en nombre del rey de Inglaterra de haber arrebatado, en la noche pasada, de su sitio, por su mano propia, ó por mano agena, el noble pendon de san Jorge. Y díle que por tanto es mi placer y voluntad, que dentro del término de una hora, restituya la bandera con la debida reverencia, presentándose él mismo en el sitio, con sus principales barones, todos descubiertos, y sin los trages de honor, y que al mismo tiempo, humille con una mano la bandera de Austria, como la que merece esta ignominia, por haber sido deshonrada con vilanía, felonía y robo, y en la otra tenga una lanza, clavada en su punta la cabeza del que le aconsejó ó ayudó en este infame desacato; y díle por último que una vez que se haya sujetado en todos sus pun-

tos á este mi real mandato, en cumplimiento del voto, que como caballero cruzado he hecho, y por los respetos de la santa tierra en que estamos, le serán generosamente perdonados por mí sus otros desaguisados.

— ¿Y qué es lo que vuestra magestad me manda hacer en caso que el archiduque de Austria niegue haber sido el autor del delito? preguntó sir Tomas de Vaux.

— Díle entonces, contestó el rey, que le probaré con las armas en la mano haber sido él quien profanó el honor del estandarte de Inglaterra, y que lo acreditaré aunque vengan con él los dos mas valientes campeones de sus tercios, á pie ó á caballo, en el campo ó en el desierto, en el tiempo y sitio, y con las armas que quiera escoger.

— Pensad, señor, dijo el baron de Gilsland, en la paz de Dios, y de la santa Iglesia nuestra madre; en la paz que debe reinar entre príncipes que pelean juntos en la cruzada.

— Piensa tú, dijo el rey, en ejecutar mis mandatos. ¿Piensas tú que es de hombres

mudar á cada paso de pensamiento, como la golondrina muda de direccion? ¿Quién piensa en alterar la paz de la Iglesia? La paz entre cruzados implica guerra contra Sarracenos, con quienes ahora estamos en treguas. En paz estaremos cuando empecemos á pelear contra los infieles. ¿No ves ademas que cada uno de los príncipes que se hallan en el campamento trabaja por sus intereses particulares? Yo tambien tengo los míos, y por ellos trabajo. Honor busco, y honor tendré mal que les pese á mis enemigos. Por honor he venido á estos remotos climas, y no permitiré que falte en un ápice al respeto que me es debido ese duque ó archiduque ó lo que sea, aunque lo apoyen y sostengan todos los príncipes juntos de la cristiandad.

De Vaux volvió la espalda al rey, para obedecer sus mandatos, encogiéndose de hombros, y muy persuadido, á pesar de la cortedad de sus alcances, de que aquella era na de las mayores locuras que habia hecho en su vida Ricardo de Inglaterra. Pero el ermitaño de Engaddi se presentó en aquel ins-

tante en la tienda, con la actitud del que viene encargado de órdenes superiores á las de los monarcas de la tierra. Su traje de peludos cueros, su barba y cabellera desgreñadas y ásperas, sus torvas, macilentas y desapacibles facciones, y el casi insano fuego que se veía centellear por entre sus largas pestañas, le daban el aspecto de uno de aquellos hombres de Dios de que habla la Escritura, que bajaban de cuando en cuando de las rocas y cavernas en que vivian en abstraccion y soledad, y se presentaban denodadamente, en nombre del Eterno, á los reyes de Judá ó de Israel, para abatir el poder humano en su mas sublimado orgullo, y lanzar contra él las terribles maldiciones de la magestad divina, como la nube descarga los torrentes de fuego de que está preñada, sobre los pináculos y torres de los castillos y de los palacios. En medio de sus ímpetus coléricos, Ricardo respetaba la Iglesia y sus ministros, y aunque le ofendió la inesperada aparicion del anacoreta en su morada, le recibió con comedimiento